

Historia de vida de un voluntario del museo comunitario de Zóquite

Daniel Hernández Palestino¹

Resumen

En las últimas décadas se ha forjado una vigorosa relación entre la nueva museología con la historia oral que conforma un dispositivo interdisciplinario mediante el cual trasciende el carácter conservador de los museos como depósitos del patrimonio histórico y artístico que sustentan su funcionamiento en el coleccionismo y la exhibición de objetos, pues a través de la recuperación de los testimonios directos y de las historias de vida se puede circunscribir la dimensión transcultural de los museos comunitarios.

Estos recintos constituyen zonas de cruces, conexiones de personas, objetos y oralidades que forman parte integral del Patrimonio Cultural Inmaterial (PCI), a través del cual, los promotores, voluntarios y miembros activos de las comunidades, si bien pueden apropiarse del conocimiento, costumbres y tradiciones en relación a su medio ambiente, posibilitan la retransmisión narrativa de dichos saberes.

En este artículo se presenta la historia de vida de Pablo Román, uno de los principales promotores culturales del Museo de Zóquite, ubicado en la región de los Valles en Guadalupe, Zacatecas y cuya narrativa da cuenta de la trayectoria cultural y los desafíos sociales que ha enfrentado la museología comunitaria en el entorno de una crisis social que permea en Zacatecas. Al mismo tiempo, puede ilustrar la situación que atraviesan estos proyectos rurales emplazados en la región centro norte de México.

Palabras claves: nueva museología, historias de vida, archivos de la palabra, museo de Zóquite.

¹ Doctor en Estudios del Desarrollo por la Universidad Autónoma de Zacatecas, México. Maestro en Filosofía e Historia de las Ideas por la Universidad Autónoma de Zacatecas. Licenciado en Antropología social por la Universidad Veracruzana. Actualmente es docente investigador de tiempo completo en la Unidad Académica de Antropología de la Universidad Autónoma de Zacatecas donde imparte las cátedras especializadas de Antropología. Es miembro del Sistema Nacional de Investigadores Nivel 1, y Perfil Prodep. Voluntario del Museo de Comunitario de Zóquite desde el año 2000. Es especialista en historia agraria y temas de patrimonio cultural, de los cuales ha publicado libros y diversos artículos especializados. También ha impartido conferencias y seminarios nacionales e internacionales sobre los temas de etnología y patrimonio cultural. daniel_hernandez_palestino@live.com

Abstract

In recent decades, a vigorous relationship has been forged between the museology and oral history that make up a interdisciplinary device, through which the conservative nature of museums as repositories of historical and artistic heritage that support their functioning in collecting and art transcends the mere exhibition of objects, because through the recovery of direct testimonies and life stories, the transcultural dimension of community museums can be circumscribed.

These spaces establish crossroads, connections of people, objects and orality that form an integral part of the Intangible Cultural Heritage (PCI), through which the promoters, volunteers and active members of the communities, although they can appropriate the knowledge, customs and traditions in relation to their environment, enable the narrative retransmission of such knowledge.

This article presents the life story of Pablo Román, one of the main cultural promoters of the Zóquite Museum, located in the region of the Valley of Guadalupe, Zacatecas, and whose narrative accounts for the cultural trajectory and the social challenges that has faced community museology in the context of a social crisis that permeates Zacatecas. At the same time, it can illustrate the situation that these rural projects located in the north central region of Mexico are going through.

Keywords: community museology, life stories, word archives, Zóquite museum.

Introducción

Decía James Clifford que los museos suelen convertirse en “zonas de contacto” o cruceros transculturales que se extienden más allá de la investigación o la conservación con su estructura organizadora en forma de colección, donde los discursos de poder generan tensiones histórico-culturales y discursos museográficos con una fuerte carga de las instancias dominantes, pero donde también se producen “historias vivas de contacto” (Clifford, 1999: 239).

Es precisamente en estas zonas de conexión y de intercambio comunicativo donde se gestan vínculos relacionales perennes entre quienes se involucran en el desarrollo de los proyectos museológicos, ya sea en los grandes museos etnográficos o inclusive en los museos comunitarios ubicados en las alejadas localidades rurales, donde las narrativas etnográficas se entrelazan en el espacio social y se construyen los procesos específicos con la finalidad de alcanzar objetivos comunes que regularmente se orientan a la recuperación y puesta en escena museográfica del patrimonio cultural local.

En este rejuego de factores internos y externos de toda índole, se crean los político-individuales y colectivos incluso de carácter psicoemocional que ciñen las iniciativas y la innovación de la museología comunitaria que no siempre resultan venturosos, aunque

permanecen vigentes en el espacio social de la memoria. Como señala Maurice Halbwachs (2004):

Es en la sociedad donde normalmente el hombre adquiere sus recuerdos, es allí donde los evoca, los reconoce y los localiza. Contemos en una jornada el número de recuerdos que hemos revivido, de momentos en que hemos tenido relaciones directas o indirectas con otros hombres. En esos casos, nos daremos cuenta que la mayoría de las veces utilizamos el recurso de nuestra memoria para responder a preguntas que otras personas nos plantean, o que suponemos podrían hacérselas, y que además, para responderlas, tenemos que colocarnos en su lugar, haciéndonos ver como parte del mismo grupo o de grupos semejantes. Pero podemos preguntarnos si aquello que es cierto para un gran número de nuestros recuerdos no podría serlo para todos. Lo más usual es que yo me acuerdo de aquello que los otros me inducen a recordar, que su memoria viene en ayuda de la mía, que la mía se apoya en la de ellos. Al menos en estos casos, la manifestación de mis recuerdos no tiene nada de misterioso (Halbwachs, 2004: 8).

En efecto, uno de los retos más complicados en el trabajo etnográfico radica precisamente en realizar el trabajo testimonial de forma introspectiva escarbando en la memoria de quienes nos abren la puerta de su historia de vida para reconstruir las fuentes biográficas que se sumergen en el devenir de su medio comunitario.

La combinación del trabajo museológico y la historia oral a través de la investigación, y sistematización de los archivos de la memoria enmarcados en el patrimonio cultural inmaterial (PCI), permite adentrarse en la vida mundana de las comunidades cuyas experiencias narradas y construidas conjuntamente, posibilitan la recuperación de los acontecimientos y de la memoria comunitaria. De esta forma el testimonio es memoria viva del presente y pasado, preserva con ello la creación de significados sociales (Rocha, 1996: 12).

Ciertamente, los correlatos, además de representar datos que se recolectan con una finalidad heurística en cualquier tipo de investigación humanística, son también imágenes

mentales que evocan la conciencia simbólica de un determinado grupo social que a través del lenguaje cognitivo comunica saberes locales.

El análisis de las narrativas orales constituye un punto crucial del patrimonio cultural inmaterial que comienza por recuperar la historicidad de los acontecimientos que entrecruza las relaciones sociales de las comunidades y comprende un repertorio más amplio de conocimientos y dispositivos culturales. De este modo los vínculos interdisciplinarios entre la historia y la antropología siguen siendo vigentes para las tareas reconstructivas que son posibles de realizar mediante la documentación historiográfica y el trabajo de campo etnográfico.

El antropólogo francés Alban Bensa (2016) sugiere una concepción reflexiva que permita guiar el análisis de las relaciones sociales de los pueblos y de las culturas como procesos culturales y a su vez como hechos históricos singulares mediante el estudio del conocimiento pormenorizado de los sucesos cotidianos o excepcionales que tienen lugar en el seno de una sociedad, y que a su vez deben ser situados e interpretados en su contexto sociohistórico (Bensa, 2015: 112; 2016: 15).

De acuerdo con las anteriores premisas, el presente texto aborda el curso de vida del promotor cultural José Pablo Román Rodríguez en el contexto del activismo social de la museología comunitaria, abordando el caso concreto del museo de Zóquite, durante la primera década del nuevo milenio hasta la irrupción de la narco violencia y la pandemia del coronavirus (SARS-coV 2) en 2020. La historia de vida se entrecruza con las de los voluntarios fundadores del museo, algunos de ellos caídos por el Covid-19 y otras enfermedades, así como mi vida propia como voluntario asociado con el proyecto museístico.

El escenario etnográfico se ubica en la comunidad de Zóquite, región semidesértica perteneciente al municipio de Guadalupe, Zacatecas, donde se gestó el proyecto museológico a partir de procesos colaborativos entre la comunidad y miembros de una ONG mediante la organización, gestión de recursos e innovación de elementos educativos, orientados a revalorar el patrimonio cultural de la localidad de cara a la emergencia de la museología comunitaria en Zacatecas entre finales del siglo XX y la primera década del XXI.

Archivos de la memoria/archivos de la palabra

La primera década del siglo XXI ha sido testigo del fortalecimiento interdisciplinar entre la Nueva museología y la historia oral que conforma un binomio atravesado por el vértice de la antropología aplicada cuyo dispositivo ha funcionado como un propulsor de la museología comunitaria. Atrás ha quedado el enfoque conservador de los museos como depósitos del patrimonio histórico y artístico que sustentan su funcionamiento únicamente en el coleccionismo y la exhibición de objetos (Hernández, 2001: 74-75).

De acuerdo con la concepción de la nueva museología, el interés centrado en el objeto pasa del museo como un artefacto cultural a una colectividad de individuos que se asume como una institución integrada al contexto social, ambiental y territorial estrechamente relacionada con la comunidad en la que se desarrollan sus actividades al servicio de la sociedad (Hernández, 2001; Alemán, 2011).²

De esta forma, los museos comunitarios funcionan como archivos de la memoria sobre cuya base los miembros activos de las comunidades pueden apropiarse del conocimiento y tradiciones y a la vez posibilitan la retransmisión narrativa de dichos saberes orientados hacia el desarrollo de su entorno sostenible.

Las narrativas de vida, por su parte, posibilitan la creación de registros documentales de las distintas experiencias concomitantes con un patrimonio de reflexiones y vivencias compartidas en el mundo de expectativas de quienes se involucran en estos proyectos con la finalidad de legar el conocimiento local del pasado a sus descendientes.

En la medida que el trabajo de mantenimiento museológico se desarrolla día con día, al mismo tiempo se construyen los procesos museográficos por parte de los voluntarios locales, cuya memoria reflexiva se activa cuando surgen los recuerdos con una significación social que evocan imágenes que se compaginan con los objetos, las fotografías, los medios de comunicación y las distintas formas en que los habitantes locales se relacionan con el terruño en un tiempo pretérito.

² Para una polémica sobre los contextos entre la museología nacional comunitaria en el marco de la emergencia de la Nueva Museología y la trama de las políticas públicas culturales en el estado de Zacatecas el trabajo de Hernández (2017) debate sobre la viabilidad de los proyectos museológicos comunitarios.

La historia de vida como parte de la tradición oral, derivada de la historiografía, aunque situada más precisamente en el campo de la antropología, la psicología y la sociología, constituye una herramienta del trabajo investigativo que permite reconstruir acontecimientos que ocurrieron en un tiempo inmediato o contemporáneo mediado por la modernidad (Aceves, 1998: 210-211).

Diversos investigadores distinguen entre el relato de vida (*life story*) y la historia de vida (*life history*), mientras la primera se refiere a la historia de la vida de una persona que narra sus vivencias desde su propia experiencia, la segunda se refiere debidamente a las “historias de vida”, que trasciende el relato de vida mediante el uso de información complementaria que le permita al investigador reconstruir el espacio autobiográfico oral más allá de los aspectos individuales en relación a determinados acontecimientos sociales (Aceves, 2000; Ferrándiz, 2011: 13).

La forma de enmarcar las experiencias de vida de los promotores y voluntarios pertenecientes a los museos comunitarios conforma un proceso relacional más amplio y es posible situarlo como parte del patrimonio cultural inmaterial (PCI) organizado metodológicamente mediante los archivos de la palabra (AP).

Los archivos de la palabra (AP) constituyen un programa de investigación desarrollado desde la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH) que se enmarca en la Convención para la salvaguardia del Patrimonio Cultural Inmaterial (PCI) de los pueblos originarios de México de 2003 de la UNESCO, que entró en vigencia en México en 2006 (Disponible en: https://unesdoc.unesco.org/ark:/48223/pf0000132540_spa).

De acuerdo con la Declaratoria de la Convención para la salvaguardia del Patrimonio Cultural Inmaterial, el PCI comprende:

los usos, representaciones, expresiones, conocimientos y técnicas —junto con los instrumentos, objetos, artefactos y espacios culturales que les son inherentes— que las comunidades, los grupos y en algunos casos los individuos reconozcan como parte integrante de su patrimonio cultural. Este patrimonio cultural inmaterial, que se transmite de generación en generación, es recreado constantemente por las comunidades y grupos en función de su entorno, su interacción con la naturaleza y su historia, infundiéndoles un sentimiento de identidad y continuidad y

contribuyendo así a promover el respeto de la diversidad cultural y la creatividad humana (Disponible en: https://unesdoc.unesco.org/ark:/48223/pf0000132540_spa).

Acorde con esta declaratoria, el proyecto Archivos de la Palabra constituyó una iniciativa del Proyecto Eje Tlaxiaco, que se gestó en la Subdirección de Investigación de la ENAH con el apoyo institucional del INAH y la creación de un acervo de registros audiovisuales, fonográficos y de textos específicos en el PCI de los pueblos de origen (Topete y Rebollo, 2016).

La primera experiencia de salvaguardia del PCI se llevó a cabo en Tlaxiaco, Oaxaca y de forma sucesiva los AP en forma de talleres se fueron disseminando por distintos estados de la república como la Mixteca Alta, en Oaxaca; Xochimilco, Milpa Alta, en Ciudad de México; Tlaxcala, Tepic, Nayarit, Teotihuacán y San Martín de las Pirámides, Cuautitlán Izcalli, Estado de México y Zacatecas, generando además congresos de experiencias de la salvaguardia del PCI con la participación de universidades, instituciones de investigación y organizaciones no gubernamentales (Torres, 2017).

De acuerdo con la metodología de los AP, la salvaguardia del PCI comprende tanto la historia como la tradición oral de los pueblos originarios por considerarse como el principal vehículo de transmisión y riqueza cultural. En este ámbito cultural de la oralidad también se incluyen las expresiones rituo-simbólicas; las fiestas y tradiciones, artesanía, usos sociales del conocimiento relacionados con la naturaleza y la cosmovisión.

La colaboración de los miembros de las comunidades que contribuyen al proyecto documental como portadores del patrimonio cultural inmaterial, brindando sus testimonios adquieren la coautoría de los materiales producidos, lo cual resulta un elemento decisivo en la continuidad del patrimonio vivo (Topete y Rebollo, 2017: 230).

Dicha propuesta se orienta hacia el rescate, la conservación y la divulgación de los pueblos originarios, aunque con el paso de los años este programa ha incorporado expresiones culturales mestizas en los estados del centro y noroccidente del país desde una

óptica diversa donde las identidades culturales han sido trastocadas por los procesos transculturales de la modernidad capitalista con los consabidos riesgos que implica la mercantilización de la cultura.

En este sentido, los conceptos de identidad y cultura en una sociedad cambiante y heterogénea como en la que vivimos requieren ser situados ante todo socialmente donde los sujetos se definen en relación con el otro, en un mundo de antagonismos y diferencias, atravesadas por las relaciones de poder, pero también de diálogos intercomunicativos donde distintos modos de ser, pensar, sentir y hacer son susceptibles de coexistir e interactuar de un modo diverso y plural.

Por ello la historicidad de las comunidades contribuye a hacer comprensible las múltiples dimensiones del patrimonio cultural inmaterial como una totalidad fragmentada, al igual que toda cultura, porque ésta es indefinida, confusa e inacabada, y constituye parte de una realidad imaginada que a pesar de todo es susceptible de ser abstraída, registrada e investigada.

En ese sentido, como señala Bensa (2016), los correlatos y mitos se mantienen “inmersos en una historia local y en una historia global antes que en una cultura (Bensa, 2016: 27-28)”. En ese oleaje de alteridades los museos brindan la posibilidad de documentar lo no documentado a través de procurar las interacciones dinámicas sincrónico-diacrónicas entre el patrimonio cultural material y el inmaterial mediante el vínculo que se establece entre los acontecimientos particulares con los sistemas de datos y procesos más amplios dispuestos por los Archivos de la Palabra.

Paisaje de arcilla

Zóquite es la segunda delegación municipal más grande del municipio de Guadalupe, Zacatecas, la cual se localiza a 22 kilómetros de la ciudad capital del mismo nombre y cuenta con una población de 4,356 habitantes (INEGI, 2020). Su nombre proviene del vocablo náhuatl *zoquitl* que significa lodo o "lugar donde no se hace lodo" o "lugar donde no hay lodo". Algunas cuantas edificaciones de adobe de muros y casas habitación derruidos son mudos testigos del antiguo paisaje rural de esta comunidad cuyo ejido fue fundado en 1925 con el reparto agrario, aunque la población ya existía desde tiempos coloniales.

Si uno observa un mapa satelital de la región observará un panorama semidesértico, con una fisiografía accidentada, tupido de nopaleras y matorrales que dominan anualmente el paisaje biótico, pero al observar con detenimiento a ras del suelo, se puede distinguir en los llanos y valles, la abundancia de mezquites, huizaches, gobernadoras, lechuguillas, guayules y pastizales “navajitas” que, durante la temporada de lluvias entre junio y agosto, tiñen de verde el paisaje regional.



Mapa 1. Zóquite, Zacatecas. Elaborado por Luis Octavio Martínez Méndez

El ecosistema semidesértico transita hacia la franja agrícola donde se encuentran las tierras ejidales al suroeste la localidad. En esta área de riego se cultivan hortalizas (zanahoria, chile de árbol, chile guajillo y alfalfa) destinadas al mercado interno regional y nacional. Mientras que en las áreas de temporal se cultiva maíz y frijol, aunque las tierras ejidales son irrigadas mediante la extracción de aguas subterráneas por medio de pozos artesanales y, en algunos casos, los empresarios con un mayor grado de capitalización en el cultivo de hortalizas usan sistemas de riego por goteo y microaspersión.

Aunque la actividad de cría y engorda de ganado es reducida en la comunidad, los pastizales son aprovechados por los hatos de ganado bovino que pastorea en las áreas destinadas a esta actividad. En cambio, el pastoreo caprino es una actividad pecuaria tradicional que ha sido abandonada completamente por los pastores.

En la región del Valle de Guadalupe existe una problemática ambiental de larga data que se remonta desde la época del virreinato con los desechos acuíferos provenientes de los jales mineros derramados en las tierras que ocupan los ejidos ubicados en la afluyente del Arroyo de la Plata, como son las delegaciones de La Zacatecana, Martínez Domínguez, Santa Mónica, Zóquite, Tacoaleche y La Blanquita, los cuales son irrigados por aguas contaminadas de metales pesados y aguas negras, constituyendo un severo riesgo ecosistémico, además de la desordenada expansión urbana y las problemáticas que se derivan de este proceso (Zetina, 2011: 18).

La comunidad de Zóquite se encuentra atravesada por la Avenida “Luis Echeverría Álvarez” que forma parte de la carretera estatal número 175, donde se divide lo que los habitantes denominan: “Viejo Zóquite” del “Nuevo Zóquite”. En “el Viejo Zóquite” se ubican el centro urbano con la plaza principal, así como los dos templos religiosos de la localidad, dos escuelas primarias, una secundaria técnica y la zona de comercios y servicios. El centro urbano colinda con los terrenos ejidales donde se encuentran las tierras de riego destinadas a la agricultura comercial.

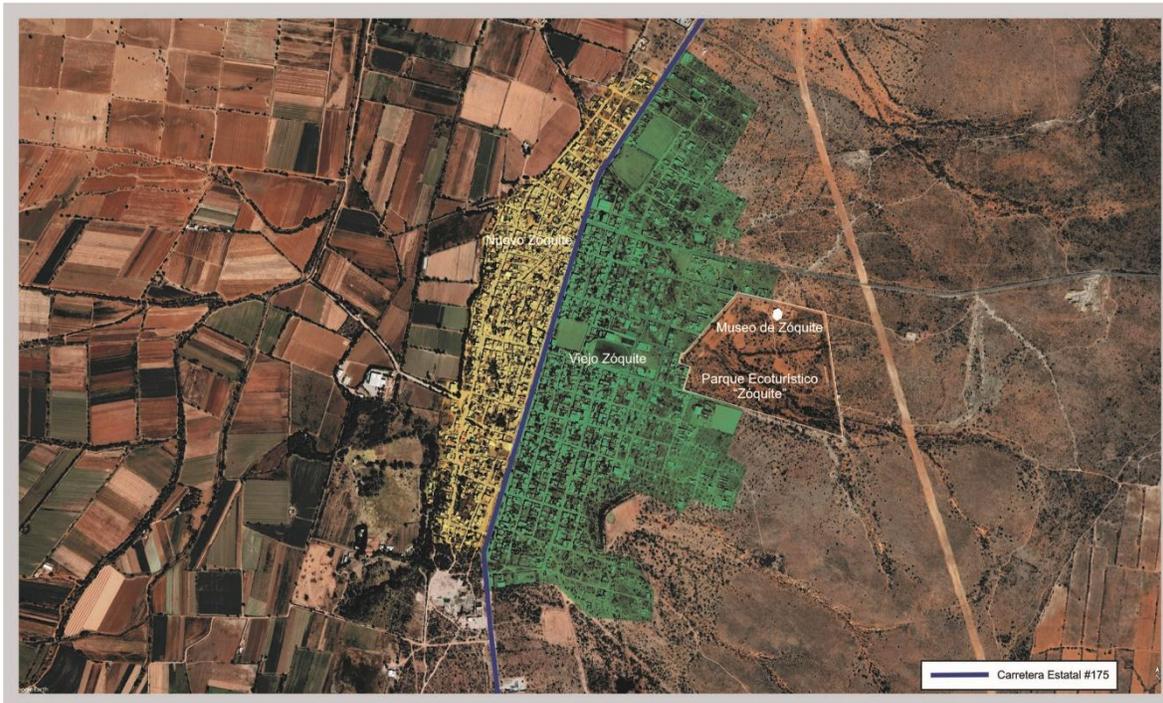
La mayoría de las delegaciones municipales ubicadas en el Valle de Guadalupe tienen una notable vocación agrícola. El cultivo de zanahoria es una de las principales fuentes de ingreso de los agricultores locales y eso se refleja en que en la región Zóquite-Tacoaleche existan 12 pequeñas agroindustrias con máquinas lavadoras de esta hortaliza que capta la

producción de las comunidades agrícolas y cuya mano de obra inmigrante proviene del bajío guanajuatense.

Mientras que “Nuevo Zóquite” se encuentra ubicada sobre una superficie originalmente destinada a los terrenos de agostadero para el alimento del ganado, pero carece de una infraestructura hidráulica para la actividad agropecuaria. Al ponerse en marcha el programa de regularización parcelaria y de uso común en el ejido de Zóquite ante el Registro Agrario Nacional en 2014, dichos terrenos se han privatizado aunque este proceso inició durante la segunda mitad de la década de los noventa del siglo XX con las reformas neoliberales de liberalización del mercado de tierras.

Desde entonces la zona ejidal ha cambiado drásticamente su paisaje rural por una fisonomía urbana con calles y casas habitación de ladrillo, block y piedra, ya sea de un piso, de dos o tres, según el nivel económico de los propietarios, varios de ellos ejidatarios, o aquéllos que abandonaron la agricultura para convertirse en integrantes del gremio de la construcción como contratistas y *maistros* albañiles.

En la línea que separa la población del “Viejo” y el “Nuevo” Zóquite, por la avenida principal y después de cruzar el panteón municipal por el camino que conduce al cerro de la Santa Cruz, un ascenso suave sobre un terreno semiárido cubierto por matorrales, nopaleras y diversos arbustos, con caseríos dispersos, casas y edificaciones a medio construir indica la dinámica migratoria de esta localidad.



Mapa 2. Localización del centro urbano de Zóquite. Elaborado por Luis Octavio Martínez Méndez

Al pie del cerro de la Santa Cruz, una malla ciclónica circunda el Parque ecoturístico “Zóquite” (zona de reserva ejidal), cuya superficie forma parte del área ejidal de agostadero con una escasa infraestructura turística y un área de cabañas en ruinas producto de la actividad depredadora de la delincuencia organizada.

Al frente de la entrada principal se encuentra el museo comunitario del mismo nombre, cuya arquitectura de tierra se integra al paisaje semiárido de la región, al igual que el taller de telares que es un edificio que sigue el estilo constructivo del complejo cultural. Se trata de una edificación construida con técnicas y materiales originarios de la región, con ladrillo y adobe, cimientos de piedra, estructuras de cemento y muros del mismo material. El museo se emplaza sobre un área de 900 metros cuadrados de construcción con 6.5 metros de altura con materiales apropiados y ventilados que favorecen la temperatura ambiente en el recinto museológico en el entorno natural de un predio ejidal de 25 hectáreas que originalmente estaba dedicado a tierras de agostadero.

Un tablero de madera en la entrada principal con una serie de seis ventanas del mismo material orgánico adosadas con herrería artesanal rodea la construcción que permite la entrada de luz natural.

Por el frente una área de acceso y el vestíbulo que conecta con las salas de exhibición, la biblioteca, los sanitarios y el área audiovisual. En la parte trasera del edificio, un enorme portón metálico de color rojo ocre oxidado se introduce a un garaje, seguido de un área donde se encuentran dos cubículos y la circulación de colecciones. La techumbre del edificio es una bóveda catalana tabicada y cubierta por cintillos de metal con tragaluces.

Las colecciones del museo de Zóquite son de dos tipos: la sala permanente titulada *Pasajes de Zóquite*, conformada por dos salas de exhibición con objetos de arqueología agro-industrial, edificaciones de fachadas de casas de adobe y piedra, así como diversas máquinas, una trilladora John Deere y una magnífica colección de arados y otros artefactos agrícolas donados por las familias campesinas de la localidad.³

La segunda colección que introduce el acceso al museo, corresponde a la Expo Mamut, que es una muestra paleontológica sustentada en el hallazgo del mamut de Arroyo de Guerreros con tres salas de exhibición que documenta los trabajos desarrollados por el equipo del museo comunitario de Zóquite y un grupo de investigación de la Unidad Académica de Antropología de la Universidad Autónoma de Zacatecas en un yacimiento pleistocénico ubicado entre los límites de Zóquite y el municipio de Guadalupe. De esta forma al paisaje semidesértico antropocénico del presente, lo antecede otro muy distinto correspondiente a la Edad del hielo entre 12,000 años antes de nuestra era en la región del Valle de Guadalupe que forma parte de los cambios climáticos suscitados a lo largo del tiempo (Hernández, Carrillo y Puga, 2019).

El paisaje semidesértico del presente configura el escenario social donde se desarrolló la mayor parte de la vida de los integrantes del comité promotor del parque ecoturístico y

³ Es común que los migrantes zacatecanos lleven a cabo sus proyectos de construcción por etapas de acuerdo a las remesas que envían regularmente a sus familiares residentes en sus municipios de origen hasta concluir las obras.

del museo comunitario, entre los que destaca José Pablo Román Rodríguez, mejor conocido como *Don Pablito*, que se convirtió en una figura emblemática de la comunidad y parte proactiva del proyecto museológico.⁴



Foto 1. Museo de Zóquite. Lino Dalle Vedove, 2004 ©

Vidas entrecruzadas

Nacido en Zóquite el 28 de abril de 1942, en el contexto de la modernización agraria del México rural, fue hijo primogénito de una familia extensa integrada por Pedro Román Terrones y Francisca Ortiz Ávila, que procrearon en total ocho hijos varones y dos mujeres.

⁴ La narrativa de vida de don Pablo Román está relacionada con el desarrollo del museo comunitario de Zóquite y los testimonios aquí presentados son producto del trabajo documental realizado en el *Curso Taller: Resguardo y conservación de las expresiones del patrimonio cultural y material fase II*, organizado por ENAH-INAH y el Instituto Zacatecano de Cultura “Ramón López Velarde”, celebrado en la ciudad de Zacatecas durante los meses de septiembre-noviembre de 2019, y de los testimonios recogidos por el autor con José Pablo Román Rodríguez desde 1999 hasta los últimos días de su enfermedad.

Don Pablito siempre se distinguió desde pequeño por su vocación obsesiva en el trabajo y sus creencias religiosas que lo llevaron a ser un agente activo en su comunidad inclusive como actor político.

Por las imperiosas necesidades económicas de su familia, desde niño, Pablo Román tuvo que combinar sus estudios de primaria y el trabajo como mediero en la parcela ejidal de la comunidad de Zóquite y, como dice el refrán, “más pronto de lo que canta un gallo”, se hizo adolescente.

En el contexto de la *Revolución verde*, la mecanización de la agricultura mexicana, la apertura de cuencas hidrológicas en las distintas regiones agrícolas del país se produjeron transformaciones tecnológicas en el campo y cambios de cultivos que especializaron las localidades rurales orientándolas hacia la modernización de la agricultura capitalista, como fue el caso de la región del estado de Zacatecas.

Con la subsecuente caída de los precios de productos agrícolas cerealeros a mediados de la década de 1960, en Zóquite se sustituyó la producción de trigo y maíz por los cultivos hortícolas: zanahoria y chile de árbol complementados por plantaciones de huertos de membrillo.

Un gran número de productores agrarios decidieron abandonar sus parcelas o ceñirse a la agricultura de subsistencia y pasaron a formar parte del gremio de la construcción y la albañilería que especializó a la comunidad como mano de obra en dicho sector.

Este fue el caso del joven Pablo Román, que desde niño ayudaba a su padre en las labores agrícolas de la parcela familiar. Después de trabajar un tiempo como minero, en 1963 se incorporó a un grupo de braceros, en su mayoría eran solteros jóvenes, que migraron a California a trabajar en las plantaciones de hortalizas. Al cabo de dos años retornó a su lugar de origen y se convirtió en albañil.

Para la década de 1970, ya en la etapa adulta, ejecutaba proyectos de obra civil como contratista, trabajo que desarrolló durante 25 años hasta que se fue a la quiebra por los altos impuestos fiscales fijados a los constructores regionales por la Secretaria de Hacienda y Crédito Público. Durante ese lapso, adquirió un camión de volteo y de carga, construyó su

vivienda y se casó con Francisca Ortiz Ávila, originaria de Zóquite, con quien tuvo 12 hijos, 27 nietos y 5 bisnietos.

En el invierno de 1998 durante mi trabajo de campo, tuve oportunidad de conocerlo, precisamente en una esquina de la parroquia donde hoy se venera al “Niño dios gigante”. Pablo Román era un tipo de altura mediana, delgado, de tez morena y curtido por el sol, con una memoria prodigiosa; incansable en el trabajo, ágil para caminar y treparse en las escaleras para alcanzar los techos de los edificios por su experiencia como albañil en su lejana juventud.

A partir de este encuentro, establecimos un vínculo estrecho porque el Centro de Divulgación para el Desarrollo Sustentable, A. C. (CEDDSU), organismo fundado en 1997 por Rigoberto Fraire Flores (1960-2019) y Margarita Loera Cuevas, al cual me adherí como consultor en 1998 en el análisis de planificación, propuso un proyecto de diversificación productiva a la comunidad de Zóquite, para desarrollar un parque recreativo ambiental con el trazo destinado a un museo, cuya idea estaba latente en la comunidad.

A fines de 1998 se integró un comité donde se sumaron poco a poco personajes de la comunidad como Joel Cuevas Román (delegado municipal, 1998-2001), Juan Román (hermano menor de Pablo Román), Pascual González Fuentes, ex presidente del comisariado ejidal y otros miembros fallecidos: Isidro Ortiz Ávila (1939-2012), Gamaliel Rodríguez López (1955-2013), ex presidente del comisariado ejidal, Ignacio Sosa Santos (1937-2014), María de la Paz Parga Hinojo (1930-1917), Rigoberto Fraire Flores (1960-2019), el profesor Fermín Sosa Fuentes (1944-2020), Conrado Reyes Candelas (1943- 2020), Miguel Ortiz Guzmán (1967-2020), también ex presidente del comisariado ejidal de la misma localidad, y quienes dejaron parte de su vida en el desarrollo del proyecto museológico.

Posteriormente a partir del 2009 se integraron al comité: Aurora Reyes Alemán y Karla Chávez Gómez, que ocupó la dirección del proyecto en dos ocasiones. Años después se agregaron al grupo animador otras personas nativas de la comunidad.

Aun recuerdo las maratónicas reuniones hasta al anochecer en la biblioteca de la delegación municipal durante el último año del siglo XX, donde pudimos trazar, conjuntamente con los integrantes del nuevo organismo comunitario, el plan de diseño y construcción del proyecto y las características museológicas acordes con la geografía del semiárido paisaje zoquitense, tomando como punto de referencia la arquitectura de tierra.

La obra fue dirigida y supervisada por Margarita Loera Cuevas, miembro activo del CEDDSU, que se convirtió en la gestora principal, Refugio Vargas López (contratista al mando de 76 albañiles) y *Don Pablito*, como asesor del proyecto de edificación que, por su experiencia como constructor, se desempeñó como supervisor de la obra que dirigió la joven arquitecta Mónica Soto Bañuelos.

La propuesta del montaje museográfico en la sala permanente fue llevada a cabo por Víctor Hugo Ramírez Lozano, que escribe el presente, auxiliados por Juan Román Rodríguez (hermano de Pablo Román), quien se encargó de la construcción de las fachadas de una casa de adobe y otra de piedra caliche a escala real como parte de la museografía. En ésta última participó el *maestro* albañil Martín Castillo, originario de Trancoso, quien también construyó un horno para cocer *condoches* y *gorditas* fabricado con el mismo material.⁵

Al mismo tiempo que llevábamos a cabo los trabajos museográficos, tomando como punto de referencia el adobe y el ladrillo, observábamos que este tipo de construcciones propias de la arquitectura de tierra regional, poco a poco se reemplazaban por construcciones de block y cemento, desapareciendo los últimos vestigios de la arquitectura tradicional. El motivo de reproducir las estructuras de las viviendas de adobe y piedra caliche, representaban en la museografía una forma de recuperar la memoria del patrimonio cultural arquitectónico tradicional de la comunidad de Zóquite.

La colección del museo fue donada por la propia comunidad y poco a poco fueron apareciendo los objetos con los cuales se museografió la sala permanente una vez terminada la construcción del edificio: una trilladora *John Deere* 1936, un arado mecánico de hierro forjado de principios del siglo XX, así como una colección de arados, pesas y maquinaria agrícola antigua dispuesta en la exhibición. Por su parte otro grupo de ejidatarios organizados

⁵ Los *condoches* y las *gorditas* son un alimento típico de la gastronomía tradicional que se consume en la región centro y noroccidente de México, aunque actualmente se ha diseminado en distintas regiones de la zona centrales del país. Los dos alimentos se preparan con maíz y manteca. Mientras los *condoches* se preparan con jocoque (cuajada de leche) y se cuecen tradicionalmente en horno de piedra o adobe, las *gorditas* comúnmente son saladas y se acompañan en su interior con chicharón, frijoles con queso, huevo con salsa de chile molcajetado, o bien, con carne de res e inclusive mole con arroz.

en faenas dominicales se encargaron de instalar los postes y la tela de alambre de púas para proteger el área del parque ecoturístico.

El inmueble abrió sus puertas en la primavera de 2003 y se encuentra emplazado en los terrenos ejidales del parque ecoturístico en un área de agostadero que comprende 20 hectáreas con una superficie construida de 1,000 metros cuadrados y con una altura de 6.5 metros. Es una edificación de ladrillo con muros adosados de adobe y sostenido por 60 columnas de cemento. El museo cuenta con una exposición permanente en una de sus salas principales y dos adicionales destinadas a exposiciones temporales. En la primera sala se encuentra montada una exposición paleontológica y en la segunda una magnífica colección de arados y otros artefactos agrícolas donados por las familias campesinas de la localidad.

De gestas y adioses

Uno de los momentos cumbres del proyecto fue en 2005 cuando el museo de Zóquite fue elegido entre 230 proyectos participantes, como uno de los 25 mejores a nivel nacional, por lo cual recibió el galardón PYME (Pequeña y Mediana Empresa). Dicho proyecto estuvo presente en el pabellón exhibido en el *World Trade Center*, organizado por la Secretaría de Economía, que si bien coronó el esfuerzo colectivo del comité promotor, el proyecto se encontraba aun a medio camino de su consolidación.

Como parte de la propaganda de este evento, celebrado en el Distrito Federal, se colocaron grandes espectaculares en uno de los cuales aparecía una fotografía en gran formato de *Don Pablito* promocionando el proyecto museológico que podía verse en las alturas de los edificios de las Avenidas Insurgentes y Tlalpan.

A partir de entonces la figura de Pablo Román se convirtió en el símbolo político cultural en la comunidad de Zóquite y en portavoz del comité de voluntarios agrupados en una asociación civil ante la comunidad.

Vinieron nuevos bríos para el proyecto durante la primera década del siglo, pues en 2007 durante el gobierno de Amalia García Medina (2000-2010), a través del Instituto de Desarrollo Artesanal con un fondo especial del Banco Interamericano de Desarrollo, se llevó a cabo la construcción del flamante taller de telares que terminó por convertirse en un “elefante blanco” por carecer de una base organizativa comunitaria.

En octubre de 2009 el museo fue designado sede del “Primer curso de capacitación para líderes de museos comunitarios, zona centro” convocado por la Oficina en México de la UNESCO y el INAH; a poco tiempo, en el mismo año de haberse conformado la Red de museos comunitarios y eco-museos del Norte de México.

A lo largo de su historia, el proyecto obtuvo recursos del Programa de Apoyo a las Culturas Comunitarias y Municipales (PACMYC), dependiente del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes (hoy Secretaría de Cultura), en las ediciones 2000, 2005 y 2011 con los cuales subvencionó parte de la museografía de la sala permanente (Archivo Unidad Regional de Culturas Populares, Instituto Zacatecano de Cultura, 2021).

Por el calado de las exposiciones originales de gran formato, montadas por el propio equipo de colaboradores locales, previamente capacitados en el museo de Arte Abstracto “Manuel Felguérez”, destacan: *Toro, visión nítida; Tierra yerma; Ojos suizos en Zacatecas; Expo mamut*, las cuales fueron motivo de reconocimiento del gremio cultural estatal, incorporando al museo en el Catálogo cultural de museos de Zacatecas. Además de que el recinto comunitario fue promocionado en la revista *México desconocido* en las ediciones de 2011, 2012 y 2014, es común que aparezca en la prensa estatal por sus actividades diversas.

Con los ingresos generados de la exposición paleontológica *Expo mamut 2010*, el Museo de Zóquite co-produjo un documental en apoyo al pueblo de Salaverna, Zacatecas, hoy extinto, víctima del extractivismo minero. Este documental dirigido por Edin Alain Martínez fue galardonado con el primer lugar en 2014 en el Festival Internacional y Foro de Derechos Humanos (*Doc Fest*, 2014), ganador en el Encuentro y Muestrario de Investigaciones Audiovisuales organizado por la Universidad de la Ciénega del Estado de Michoacán (2018) y obtuvo también una serie de selecciones oficiales en distintos festivales de cine documental. En todos estos hitos comunitarios, el esfuerzo del grupo promotor proyectó su trabajo colectivo a través de *Don Pablito* que se convirtió en la figura visible ante los medios.

En su papel de responsable del parque, nuestro personaje daba guías a los infantes de las escuelas de la región, a los profesores o a los visitantes que llegaban al recinto museístico.

De igual manera apoyaba los trabajos del campo experimental de excavación arqueológica para el adiestramiento de alumnos de la Universidad Autónoma de Zacatecas en los terrenos del parque. Llevaba además un diario de tránsito donde apuntaba minuciosamente el día a día de las actividades cotidianas. No se cansaba de llevar a cabo la limpieza y mantenimiento en los alrededores del edificio. Cuando aun vivía Ignacio Sosa mejor conocido como *Don Nacho*, que fungía como tesorero, la gente de la comunidad reconocía frecuentemente la entrega de los dos voluntarios.

Sin embargo, detrás la figura de Pablo Román existía un esfuerzo colectivo del grupo de voluntarios que supo responder a las circunstancias históricas de su tiempo, de un auge y un declive de la museología comunitaria en el estado de Zacatecas y que tuvo su punto de quiebre con el acecho de la delincuencia organizada a partir de 2009. Estos agrupamientos criminales desmantelaron el equipamiento de las cabañas recién construidas y la infraestructura del parque ecoturístico, así como desencadenaron una imparable escalada de violencia.

Los hechos delictivos produjeron que el museo de Zóquite viviera años de incertidumbre y acoso criminal que alejaron a los visitantes escolares que regularmente asistían en grupos acompañados junto con sus profesores procedentes de la zona metropolitana Zacatecas-Guadalupe, en el entorno de una crisis económica estructural que afectó el flujo de los recursos financieros gubernamentales para el mantenimiento de los bienes culturales estatales y municipales.

La situación se extendió a lo largo de la primera década del siglo XXI con un estancamiento organizativo de los museos comunitarios zacatecanos que prácticamente se convirtieron en sobrevivientes de la guerra de la narco insurgencia y de la pandemia del SARS-CoV2 (Covid 19).

En plena pandemia en junio de 2020 fui a visitar a Pablo Román que mantenía su guardia en el museo que aún se encontraba cerrado por la contingencia sanitaria. Recién operado de su columna, no cesaba de trabajar como responsable a pesar de su precario estado de salud. Apoyado en una andadera y caminando con gran esfuerzo, regaba las jardineras y con dificultad me llevó por enésima ocasión a dar una vuelta de supervisión a las afueras del inmueble para mostrarme las necesidades apremiantes del museo y del taller de telares.

Lo observé muy triste porque él, más que nadie, sabía que había entrado a la recta final de su vida, tal vez intempestivamente, y el museo dependía en gran medida de su responsabilidad con un proyecto inconcluso. Lo animé informándole que estábamos por organizar una nueva edición del Diplomado en Paleontología y unos cursos de plantas medicinales, le comenté también de los planes futuros para el museo.⁶

Con paso lento, caminó por el interior del recinto y afuera nos sentamos a charlar sobre una viga habilitada como banca, donde recordamos la memoria del grupo de voluntarios del museo que habían fallecido. Su preocupación ahora se centraba en el remplazo generacional.

En los días finales, ya contagiado por el Covid, se fueron junto con él, Conrado Reyes, el profesor Fermín Sosa y Miguel Ortíz, víctimas de la pandemia. En su lecho de muerte, en el hospital del IMSS, Don Pablito le pidió al médico que le proporcionaba el oxígeno que se lo retirara porque tenía que retornar a Zóquite para cumplir con su trabajo y mantener activo el museo.

En la mañana del domingo 20 de septiembre de 2020, Pablo Román finalmente tomó salida por la puerta principal de su existencia. Pocas horas después me enteré de la fatídica noticia y de inmediato me sobrevino el recuerdo de aquel día en que se produjo el encuentro con nuestro personaje en el centro de la localidad de Zóquite.

Dos años después, el 22 de mayo de 2022, las autoridades del ejido, familias y vecinos de la comunidad concurren en el museo para honrar la memoria de los voluntarios caídos en una ceremonia. Después de evocar los pasajes de vida de cada uno de ellos por parte de

⁶ Entre agosto de 2008 y febrero de 2009, el museo de Zóquite conjuntamente con la Unidad Académica de Antropología de la U.A.Z. y el Instituto Zacatecano de Cultura “Ramón López Velarde” organizaron el “Primer Diplomado Nacional de Paleontología”, con la intención de financiar los trabajos de exploración y excavación de restos de mamut en arroyo de Calabacillas, en Guadalupe, Zacatecas. Debido a la pandemia del SARS-COVID -19, el segundo diplomado en “Paleontología y patrimonio paleontológico” se llevó a cabo mediante una plataforma digital y su radio de recepción tuvo un alcance internacional. Estos diplomados estuvieron impartidos por el paleontólogo Rubén Guzmán Gutiérrez.

los directivos, los asistentes tomaron su turno pausadamente para expresar alguna opinión en forma de homenaje a los fundadores.

De esta forma, la nutrida ceremonia hizo tangible en la comunidad la pervivencia de una cultura íntima local que se había gestado casi silenciosamente alrededor del recinto museístico y cuya memoria viva, al paso de casi dos décadas, finalmente consolidó al museo como un referente de pertenencia; sin embargo, nada está dicho, menos en tiempos donde si algo prevalece es la incertidumbre y lo inesperado ante el porvenir.

De las ínsulas de la utopía a la resistencia comunitaria

Me pregunto ahora desde otra latitud: ¿dónde se encuentran las zonas de contacto entre la historia y las culturas comunitarias? Como dijo Bob Dylan: “Blowin' in the Wind”, o quizá también como señala Alban Bensa (2016), estos vínculos transdisciplinarios pueden localizarse en aquella antropología que se interesa en la historia, los contextos sociales y los problemas actuales de los grupos humanos estudiados y donde también pueden aplicarse los intercambios de conocimiento con las sociedades tradicionales en las cuales se gestan los proyectos museológicos comunitarios.

Posiblemente para un sector intelectual que traza las políticas museales del país, los museos comunitarios puedan ser considerados espacios de representación o utopías sociales, dada la mayor presencia o ausencia de comunalismo (Luna, 1999). Lo cierto es que debe distinguirse las iniciativas museísticas comunitarias que parten de las formas de gobierno indígenas o de carácter tradicional en las regiones rurales de aquéllas que funcionan en base al individualismo y el proselitismo político.

No obstante en el mundo rural de la zona centro noroccidental del país, la construcción de procesos comunitarios implica dificultades organizativas de diversos órdenes y, principalmente, la continuidad de las propias bases sociales, las cuales establecen una diferencia de los contextos político culturales, con respecto de lo que sucede en otras regiones del país con una mayor presencia y trayectoria organizativa de los pueblos originarios. Ésos pueden ser los casos de la Mixteca Alta de Oaxaca o Los Altos de Chiapas, donde las formas de gobierno local contribuyen en gran medida para el respaldo de los proyectos locales.

A final de cuentas, sostener la vida de los museos comunitarios en cualquier parte de Latinoamérica constituye un reto y un desafío para las comunidades involucradas, donde la gestión autorganizativa se convierte en una herramienta crucial para su viabilidad y perviviencia.

Los Archivos de la Palabra permiten establecer el nexo cultural entre el Patrimonio Cultural Material de los museos comunitarios y el Patrimonio Cultural Inmaterial a través de la recuperación de los archivos orales y testimonios visuales que hacen posible crear un valioso respaldo documental para la salvaguardia de la memoria viviente de las localidades en relación a los diferentes contextos histórico-sociales y difundir dicho patrimonio.

Lo cierto es que no hay un sólo camino organizativo para el futuro de los museos comunitarios, sino que existen distintos y múltiples senderos que pueden permitir su pertinencia social en un entorno de súbitos cambios de todo tipo en la segunda década del siglo XXI, además de las limitaciones económico financieras que depara la nueva época.

Por una parte, dichos procesos de resistencia tiene sus orígenes en las diferentes experiencias del movimiento de los ecomuseos, cuyas fuentes de conocimiento narrativo se localizan precisamente en la génesis de cómo se proyectan las ideas de los involucrados, cómo se despierta el entusiasmo de una comunidad que responde a la iniciativa de los promotores y voluntarios de los proyectos museísticos y cómo se cristalizan dichos procesos socialmente.

Por otra parte, subyacen las políticas públicas culturales federales que apenas representan un incentivo asistencial para la promoción de los proyectos comunitarios cuyas estrategias de continuidad para las agencias de cultura radican principalmente en las reglas de operación oficiales, mas no en el reforzamiento mediante el impulso extensivo de las políticas públicas municipales y estatales que contribuyan a consolidar las iniciativas museísticas locales.

Las narrativas y testimonios de los promotores así lo demuestran pues, a pesar de enfrentarse a múltiples vicisitudes de la burocracia político-cultural y de la vida misma, las

aportaciones y legado de estos actores, mantienen viva su presencia en la museología comunitaria.



Foto 2. José Pablo Román Rodríguez y el autor. Rigoberto Fraire Flores, 2019

Referencias consultadas

Aceves, Jorge E. (2000). “Introducción: La historia oral contemporánea: una mirada plural”, en Aceves, Jorge E. (coord.), *Historia oral. Ensayos, aportes de investigación*, México, CIESAS, pp. 9-20.

Aceves, Jorge, E. (1998). “La historia oral y de vida: del recurso técnico a la experiencia de investigación”, en Galindo, Jesús (coord), *Técnicas de investigación en sociedad, cultura y comunicación*, México, CONACULTA, Addison Wesley Longman, pp. 207-276.

Alemán, Ana (2012). “Museos participativos. Las nuevas tendencias museológicas”. *Revista Turismo y patrimonio*, 7, pp. 43-51. Disponible en: <http://ojs.revistaturismoypatrimonio.com/index.php/typ/article/view/66/56>

Bensa, Alban, (2015). *Después de Lévi Strauss*, México, Fondo de Cultura Económica.

Bensa, Alban (2016). *El fin del exotismo. Ensayos de antropología crítica*, Zamora, Michoacán, El Colegio de Michoacán, Secretaría de Cultura.

Clifford, James (1999). *Itinerarios transculturales*, España Gedisa.

Ferrándiz, Francisco (2011). *Etnografías contemporáneas. Anclajes, métodos y claves para el futuro*, México, Anthropos, UAM, Unidad Ixtapalapa.

Halbwachs, Maurice (2004). *Los marcos sociales de la memoria*, Barcelona, Anthropos 39.

Hernández, Daniel (2017). Problemáticas y alternativas de los museos comunitarios de Zacatecas, en Moreno, Edgar Adrián y Valenzuela, José Abel (coords.), *Los nortes de México. Culturas, geografías y temporalidades*, México, Secretaría de Cultura, INAH, pp. 315-329.

Hernández, Daniel; Carrillo, Carlos, y Puga, Silvia (2019). “La revalorización del patrimonio cultural paleontológico ante la museología comunitaria en Zóquite, Guadalupe, Zacatecas”. Revista digital FILHA, julio-diciembre, (21). Disponible en: http://www.filha.com.mx/upload/publicaciones/archivos/20190730184912_daniel.pdf

Luna, Juan (1999). “Museos comunitarios”. Gaceta de museos, 14-15, pp. 62-69. Disponible en: <https://mediateca.inah.gob.mx/repositorio/islandora/object/issue%3A1533>

Rocha, Martha Eva (1996). “Introducción”, en Velasco, Cuauhtémoc (coord.), *Historia y testimonios orales*, México, INA, pp. 11-19.

Topete, Hilario y Reobollo, Monserrat (2016). “Archivo de la Palabra: una propuesta de salvaguardia para el Patrimonio Cultural Inmaterial”, en Carrera Maldonado, Beatriz y Ruiz Romero, Zara (eds.), *Abya Yala Wawgeykun. Artes, saberes y vivencias de indígenas americanos*, España, Acer-VOS, Colección Textos, pp. 300-315.

Topete, Hilario y Reobollo, Monserrat (2017). “Los prolegómenos, el proyecto y los riesgos detrás del archivo de la palabra, voz y eco de los pueblos originarios de La Mixteca”, en Topete, Hilario, *Todos los rumbos*, México, Secretaría de Cultura, INAH, ENAH.

Torres, Rafael (2021). *Hacia una propuesta teórico-metodológica y práctica del documental antropológico como estrategia de salvaguarda del Patrimonio Cultural Inmaterial*. El caso de vvir la muerte en pueblos de Milpa Alta (2017) del Archivo de la palabra, Tesis para optar por el título de licenciado en antropología social, Escuela Nacional de Antropología e Historia, INAH-SEP.

Revista Chicomoztoc, Vol. 4, No. 8 | Julio - diciembre 2022. Historia de vida de un voluntario del museo comunitario de Zóquite. Pp. 138 – 161.

Zetina, María del Carmen (2011). *La vida cotidiana en un territorio contaminado La Zacatecana en Guadalupe, Zacatecas*, Tesis para obtener el doctorado en antropología, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social. CIESAS.

Documentos inéditos y de archivos

Unidad Regional de Culturas Populares, Instituto Zacatecano de Cultura “Ramón López Velarde”. Archivo.

Video documental de Pablo Román Rodríguez, 20 de octubre de 2019. Archivos de la Palabra, Eje Tlaxiaco, ENAH/INAH/Instituto Zacatecano de Cultura “Ramón López Velarde”.

Internet

Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO)

Convención para la Salvaguardia del Patrimonio Cultural Inmaterial. Disponible en:

https://unesdoc.unesco.org/ark:/48223/pf0000132540_spa Consultado el 20 de mayo de 2022.